

C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

La crítica se reúne

YO no sé con exactitud qué cosa ocurrió hace algunos años con motivo de la adjudicación de los premios literarios de la Crítica. La iniciativa se debía a Tomás Salvador, hombre de empuje y de temperamento expansivo y cordial. Tomás Salvador, además de la excelente idea de congregarse a los críticos literarios anualmente para que determinaran, sin preocupaciones de otro orden, la primacía de los valores en los libros publicados durante el año, tuvo el arrojo de conciliar y congregarse a todos los que ejercen la crítica literaria con asiduidad en los principales órganos de expresión del país. La cuestión no era fácil, porque ya es sabido que, además de una diversidad de escuelas y de criterios, existen entre las gentes de letras fricciones de tipo personal, avencencias y desavenencias extraliterarias, de puntante acritud en muchas ocasiones. Escritor sin prejuicios personales, Tomás Salvador consiguió para su idea la adhesión del conjunto de la crítica literaria española. Para otorgar esos premios se eligió a una ciudad asimismo equidistante —o, mejor, «equi-próxima»— que era Zaragoza. Así, ni Madrid ni Barcelona, que son las dos ciudades en las que se juega el hecho literario con resonancia social y pública, podían recelar de exclusivismos. Yo no sé lo que pasó. La cosa prosperó durante unos pocos años hasta que se produjo la disidencia. Luego, Juan Ramón Masoliver pudo reagrupar al núcleo catalán de los críticos literarios y reinventó el Premio de la Crítica sin alejarse mucho de su propia casa: en Vallensana, zona montañesa de los alrededores de Barcelona. No ha dejado, pues, de proseguir la iniciativa original, pese a una breve pausa, y aun sin la anuencia o la presencia de la zona de críticos residentes en Madrid. En el presente año, la comisión crítica no se ha limitado a los jueces barceloneses. Se han incorporado a ella valencianos, aragoneses y mallorquines, aparte del crítico madrileño Rafael Vázquez Zamora, que también lo es de una revista catalana.

El premio de la Crítica es, pues, un certamen candente y vivo, porque sobrevivir a una ruptura es un signo elocuente de invulnerabilidad. Cuesta más rehacer un edificio, a veces, que reedificarlo de nuevo, y lo que ha demostrado —lo que está demostrando— ese premio es la solidez de sus cimientos. Ello es lógico por varias razones: porque el premio de la Crítica es el único auténticamente desinteresado y liberal de los premios que se otorgan, ya que en él no intervienen intereses editoriales ni de ningún otro orden crematístico, y, después, porque la reunión de los que ejercen la crítica viene a ser en sí misma como la constitución de un senado inapelable, que puede llegar a marcar en cierto modo las directrices de la parábola estética en el plazo, suficientemente medido, de una anualidad.

Premios con luz natural

lo haría, aunque lo supiera — en esos libros de caballerías de la conciliación literaria. Personal-

Puesto que ciertamente no sé con exactitud lo que ocurrió para que se produjera, años atrás, la disidencia, no puedo meterme —ni

mente, en mi modesta experiencia personal, me considero de los que siempre ha sido, a su pesar, «desconciado». Fundé una vez un premio en memoria de un amigo, y de todo ello no queda más que un trozo de peana. De modo que no me atrevo más que a destacar justamente este año en que los premios de la crítica en Vallensana han tenido un relieve especial, lo que un comentarista bautizó, con acierto, de «transparencia» de esos premios. Parece que muchas de las cuestiones que oscurecen la literatura dependen, circunstancialmente, de razones ajenas a ella. ¿Y por qué no habría de contar entre otras el clima físico en que se desenvuelve, eso que llamaríamos otra vez el «mundillo», es decir, el diminutivo urbano, catastrófico y sobrecargado, de la envidia, el recelo, la codicia, el sectarismo, la zancadilla, el escalafón —hasta en estas cuestiones patente—, que son consecuencia del clima cerrado y cerril

Vallensana

Vallensana está en la vertiente occidental de las lomas que dividen a la Maremma del Vallés, en la provincia de Barcelona. Es increíble que a dos pasos de una urbe de dos millones de habitantes exista un prolongado islote de fronda y de agreste vida vegetal si no selvática y agobiadora, por lo menos natural y espontánea. Allí pillábamos, hace muchos años, las guindas de pastor, cerezas silvestres de un sabor agrí dulce y la caliente mora y el higo prematuro, que destilaba una gota de leche venenosa. Los helechos duermen al pie de las encinas. Este es el camino de Reixach, donde una iglesia románica preside, en un rellano, unas cuantas sólidas masías. Y en «Ca'n Piqué», donde se reúne el jurado de los premios de la Crítica, había en mi niñez, los domingos, un organillo con la entraña llena de valses y de «pericones». Los chiquillos entrecruzábamos entre las parejas que bailaban y recibíamos de ellos algún coscorrón.

Juan Ramón Masoliver vive allí, muy cerca. La zona en la que Juan Ramón tiene su casa —la casa de un escritor, con libros y dogos; la casa de un escritor que ama la vida y que la teme, como todos— corresponde ya a un país más hollado por el vaivén de la ciudad, por el acoso de los trahumantes de fin de semana. Aunque en una hondonada queda ella a resguardo de la impertinencia. Y por encima de esa circunstancia está el hecho del prolongado paraíso natural que tiene al alcance de la vista y de su propia pisada: el bosque de Reixach, los tortuosos caminos que se abren como si fuera la primera vez, el arañazo de los espinos y del boj y el mullido colchón de la pinocha. Es terreno de cazadores y de vagabundos y a cualquier hora de la tarde se oye el eco que hace, rebotando en las vertientes, el paso de un carro lejano que debe llevar carga de maíz o estiércol puro a menesteres de masía, esas que encienden a última hora del sol el oro de un pajar.

Ese es buen clima para compulsar la literatura.

de los cafés, de las tertulias, del visiteo, de la presión y de la turbia atmósfera que se crea con los micrófonos y con los cigarrillos? Me parece que la transparencia inicial a que aludía el comentarista estaba ya en el aire, en el aire físico, patrón del metafísico. La transparencia depende de la hora, absolutamente diáfana, que va del mediodía hasta la caída de la tarde, ante un panorama que es como un privilegio, un balcón de pinos y jaras, de helechos y zarzamoras por encima del cual, en la irregular y morena topografía, asoma el paño celeste que se va amaratando y encendiendo a medida que el tiempo transcurre. Este es el primer privilegio de los actuales premios de la crítica. Su intemperie organizada, su estallido de luz natural, su aliento perfumado de tomillos campestres, a los que no se niega el sabor interpuesto del espeso y acre vino del país, geometrizado en los porrones.

Hay en los libros demasiada tinta, demasiada exclusiva e inventada tinta. Vivimos en un mundo absolutamente de razón, lo que no significa que sea un mundo razonable. La vida que explicamos es consecuencia de otras vidas explicadas por otros y el inconsciente refrido ha acabado perdiendo todo su sabor original, el humus primigenio, la savia creadora. Ya sabemos que la explicación narrativa tiene que estar de acuerdo con los elementos sustanciales de la época y que estos elementos sustanciales están en la ciudad. Pero, ¿es preciso que el inventor de mundos participe en su totalidad, y de manera exhaustiva, de todos los ingredientes, favorables y desfavorables, de la ciudad? ¿Es necesario de verdad llenarse el pulmón de las excrecencias de la gasolina urbana y de su cafeína y de su carbonilla? Debiera establecerse para el artista un sistema especial —y aun jurídico— de «soledad vigilada». La sugerencia que nos produce emotivamente en la pintura, el proceso creador y la invención de los grandes impresionistas es la de una franca y leal intemperie solitaria, una gravedad aislada, con organillos campestres, y una total libertad del espíritu en la naturaleza y en el contorno. Es falsa la leyenda del simple absintio decadente. Más allá de su equívoca luz estaba el aire de Francia.

Hemos divagado un trecho, desde los premios literarios a las virtudes del panorama. La divagación no es inútil. Mientras escribimos, paseamos ahora, tal vez, por un camino en el que se marcan las rodadas de los carros de los vendimiadores en septiembre, por las vertientes de Reixach. Así, quizá, empezara la literatura; por una canción, por el verso que dicen las jaras del monte, por el ruido que se vuelve voz, por la palabra que silabea el viento. Y así, elementalmente, debiéramos enjuiciarla hoy día. Así lo han hecho ya este año otra vez los críticos literarios. Se trata sólo de tender un gran mantel blanco sobre la explanada y mirar la lejanía.